

*Represión, memoria y transición. Aportaciones a un debate*

Arcángel Bedmar (ed.), Francisco Moreno, Conxita Mir, Alberto Reig Tapia, Francisco Espinosa y Dolores Cabra, *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista*, Ayuntamiento de Lucena, Lucena, 2003.

Xosé Comoxo, Xesús Costa y Xesús Santos, *Rianxo na guerra civil: campo de concentración de prisioneros de guerra. 1937-1939*, Concello de Rianxo, Rianxo, 2003, 137 págs.

Resulta cada vez más innegable que en los últimos años y, en particular, desde la mayoría absoluta parlamentaria de la derecha en 2000, se ha abierto un debate público que no era nuevo (en cuanto que toma como referente una larga bibliografía y un largo debate público en torno a la violencia franquista) sobre la historiabilidad de la «memoria» de los vencidos en la guerra civil española, su «recuperación» y su utilidad-instrumentación en el presente; lo que, en buena medida, tiene mucho de política actual (de hacer, por tanto, política con el pasado). En la búsqueda de referentes identitarios en el pasado, y abierta la puerta (como recuerda excelentemente Paloma Aguilar en número 140 de *Claves de Razón Práctica*, en su artículo «Guerra Civil, franquismo y democracia», págs. 24-33) a la instrumentación política del mismo, la percepción colectiva del pasado franquista y, en particular, de su violencia política, ha adquirido cotas de protagonismo público desconocidas hasta ahora. Y eso ha ani-

mado una reflexión historiográfica y teórica de la que empieza a haber frutos, de mayor o menor calidad, como los que aquí se van a reseñar.

Como denuncia expresa de la carencia de «políticas de la memoria» y de ciertas interpretaciones historiográficas, debemos entender *Memoria y olvido...* Se trata de un libro —heredero de unas jornadas de estudio realizadas en Lucena (Córdoba)— dedicado a reflexionar sobre la presencia y reivindicación del pasado en el presente, desde las perspectivas de la historiografía y los usos públicos de la historia, que contiene aportaciones de enorme utilidad como la de Conxita Mir (un excelente texto sobre el *olvido*, social e historiográfico, de la especificidad de la represión franquista de género), así como otras innecesarias y poco útiles para la investigación, como el relato autobiográfico de Dolores Cabra sobre la creación de AGE (Archivo, Guerra y Exilio). Y es además un libro, en líneas generales, censor en exceso con la

historiografía cuyos preceptos no comparten algunos de sus autores. Lo cual, desde luego, puede levantar ampollas por el tono que las críticas y embates adquieren en determinados momentos, independientemente de los juicios teóricos e historiográficos. No es lo mismo el debate intelectual que el ataque personal y, en este libro, a veces hallamos más de lo segundo que de lo primero.

En su aportación, Francisco Moreno realiza una revisión de las lagunas historiográficas en torno a la represión franquista, un tema cada vez más y mejor conocido. Sin embargo, inicia su texto criticando a quien coordinó un libro de referencia sobre el tema, *Víctimas de la guerra civil*, en el que tuvo un papel destacado; considera después «aberrante» el tratamiento universitario de ese tema; y traza una visión demasiado negativa de los estudios sobre la represión franquista, cuando todos los temas señalados (campos de concentración, cárceles, fusilamientos, trabajos forzosos, represión económica, implicación de la Iglesia y represión moral) distan de ser desconocidos y, de hecho, gozan de investigaciones y libros más que solventes en los dos últimos años. Inmediatamente, achaca todo ello a la «amnesia» histórica, incluyendo (creemos erróneamente) en el mismo saco la carencia de políticas oficiales hacia el pasado y la historiografía. Y acusa después a la irresponsable «transición mal entendida» como origen y causa

de todo ello, aunque debería matizar e hilar más fino: la historiografía y las políticas de la memoria no son lo mismo. Rememorar (aprehender un sentido del pasado) y conmemorar (utilizar el pasado por intereses presentes), tampoco. La historiografía no ha sido, así, verdugo de la memoria, aunque no haya sabido, tantas veces (y esto se le puede achacar también a alguno de los integrantes de este trabajo coral), historiar las subjetividades. La historiografía, si ha habido carencia de políticas de conmemoración por algún tipo de «pacto de silencio» (pacto por la no instrumentalización política del pasado, para P. Aguilar) durante la transición a la democracia, ha sido ante todo una víctima más del mismo.

Así se observa en la aportación de Francisco Espinosa, quien acusa de dificultar el conocimiento histórico a las políticas de la transición, en particular en lo referente a materias archivísticas, con lo que se está enteramente de acuerdo. Las políticas de (contra) la presencia pública de la memoria de los diferentes gobiernos de derechas e izquierdas entre 1977 y 2000 son duramente criticadas por el autor, aunque sus fuentes se limiten a veces tan sólo a la esfera estrictamente política, sin adentrarse en los terrenos culturales o sociales. De tal modo, pueden plantearse algunas dudas en sus apreciaciones. Si hubo una «suspensión de la memoria» —y parece evidente que la hubo, durante los mandatos socialistas—,

ésta no pudo venir solamente de la decisión de un partido político en el gobierno, del comentario de un general o de una posmodernidad preñada de la «falacia del progreso» (por emplear explicaciones diseminadas en diferentes ponencias). Y si, ante la carencia de políticas reivindicativas hacia el pasado y ante la impermeabilidad de las políticas educativas y escolares al respecto, existe un «resurgir de la memoria», éste no se debe tan sólo a la apertura de fosas comunes, sino más bien a un recambio generacional (en el que no existen trabas culturales para la instrumentación política del pasado) y a la búsqueda de referentes identitarios, con su consiguiente cuota de conmemoración, cuando está a punto de perderse la memoria viva. Ello, después, ha sido entendido por parte de la política y la siempre resbaladiza opinión pública como elemento reivindicable.

La apertura de fosas comunes de la guerra civil no es, por tanto, un fin en sí mismo, sino un medio y una consecuencia aunque, a todas luces, sea la que mayor repercusión ha tenido y la que ha servido para animar el debate político y la utilización del pasado en el presente, incluso a veces instrumentando las motivaciones puramente sentimentales y humanitarias para hacer evidente política con el pasado, en una concepción gramsciana de la historia como arma cargada de futuro (véanse como ejemplo de utilización presentista de la historia las aprecia-

ciones de V. Navarro en el reciente libro *La memoria de los olvidados*, Ámbito, Valladolid). Obviamente, de ahí podemos también sacar algunas explicaciones para el furor de ventas y presencia pública de las desgastadas tesis encabezadas por los epígonos tardofranquistas de la parahistoriografía revisionista como César Vidal o Pío Moa. La agresividad, en forma de crítica personal, con que se concluye la aportación de Espinosa es también sintomática del peso político del presente en el debate en torno a las memorias del pasado. Sin embargo, como dijera Todorov, «los envites de la memoria son demasiado grandes para ser abandonados al entusiasmo y a la cólera» (*Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Península, Barcelona, pág. 147).

Quien bien sabe de estas cuestiones es Alberto Reig Tapia, que ya en los Ochenta dedicó sus esfuerzos a denunciar las enormes dificultades que encontraba a la hora de estudiar algo, la represión franquista, cuyo mayor conocimiento trae consigo una mayor deslegitimidad retroactiva de la dictadura franquista y de su mito fundacional, la guerra civil. En su más comedido texto, Reig Tapia plantea precisamente una de las variables más importantes de esta cuestión: la de la carencia de políticas de la memoria en la democracia española, en un contexto todavía más restringido como es el de la potenciación de los «lugares de la memoria». Aun sin hacer demasiadas alusiones concretas y ex-

plícitas a una problemática amplia y compleja como esa, Reig Tapia desenvuelve sus apreciaciones sobre la historiografía y el uso público del pasado en un tono científico y menos apasionado, aunque sin renunciar a su característico lenguaje mordaz e irónico. Las conclusiones a las que llega son nítidas y aceptadas por casi todo el mundo: la historiografía, la opinión pública y las políticas de la memoria están fuertemente relacionadas pero no son exactamente lo mismo. El despertar de una sensibilidad en la opinión pública sobre las víctimas de la represión franquista ha puesto en evidencia las carencias de ayer y de hoy sobre la pública conmemoración del pasado. Y eso, independientemente de los réditos políticos que pueda generar, es siempre saludable y necesario en una sociedad democrática.

Este clima de «recuperación de la memoria» (un concepto, por otro lado, que empieza a vaciarse de contenido por su constante uso en los más variados contextos), de evidente presencia pública y conmemoración del pasado del que se hace claro eco el libro editado por Bedmar puede esconder, sin embargo, trampas como las de dar por buenas y fiables —por parte de lectores sin referentes— amagos de investigación y libros de variada procedencia. Al calor de un esfuerzo colectivo (y de un interés público más que evidente) por historiar la represión y la

memoria pueden tumbarse también mediocridades, y bien está señalarlo. Tal es el caso de *Rianxo na guerra civil*, un librito sin demasiadas pretensiones para cuya realización ni se han consultado los fondos documentales ni la bibliografía mínima (atesora cinco entradas) sobre el tema de los campos de concentración de Franco. Un trabajo apresurado y plano, que saca a la luz un mínimo repertorio de documentos, algunas fotos (lo más interesante, aunque no cite procedencia) y, más bien, poca originalidad. Todo un contraste con las últimas investigaciones existentes sobre el tema (no solamente la que realiza quien esto escribe) y con el trabajo desempeñado por grupos de investigación que quieren verter luz sobre los ángulos oscuros de la represión franquista. Con unas intenciones claramente localistas (que esté escrito en gallego es determinante para tal apreciación), unas cuantas —escasas— notas de lecturas ajenas, la transcripción de unas entrevistas y un puñado de documentos no se puede conocer, como se proclama en el prólogo, «a súa historia [de Rianxo y su campo] con toda a obxectividade e rigor científicos necesarios», ni tan siquiera se cumple «xustiza histórica» alguna. Los objetivos, grandilocuentes o humildes, deben apoyarse en realidades y no en vacuidades.

JAVIER RODRIGO